

LA TAREA DE LLEGAR A SER HOMBRE

Carlos Baliñas

INTRODUCCION

*¿Todavía vale la pena volver sobre un asunto tan antiguo y al que se ha declarado “muerto”?
Creo que sí:
las nuevas experiencias de humanidad y
deshumanización que cada día vivimos,
así como los conocimientos que sobre el vecino inmediato
-el animal-
ha aportado la etología, permiten ver a nueva luz y encontrar otro encaje a “cosas” como
la libertad, la persona y la moral.
No se trata de decir nada nuevo
-ya no hay tesis que no haya formulado alguien-,
sino de remodelar el sistema.
Ahora bien, el asunto es de los sutiles y el escrito va redactado telegráficamente.
Encima,
el espacio disponible no permite sino avanzar trozos de un conjunto mayor...*

De ningún ente se ha discutido tanto y se han dado tantas definiciones como del hombre y de ninguno estamos menos unánimes en qué sea. Cualquiera lo identifica como especie, esto es, cualquiera sabe quien o no es hombre: esto lo saben también muchos animales que, por eso, al toparse con él adoptan una conducta determinada. Ahora bien sigue irresuelta la cuestión del *qué* sea y, como consecuencia, se diverge no poco en cual su sentido. Acerca de ambos asuntos las opiniones suelen acabar recayendo en posiciones y oposiciones un tanto necrosadas y que remiten a fuera del hombre: materialismo, espiritualismo, racionalismo, vitalismo.

El camino para substraerse a esta zona de arenas movedizas y ganar un nivel de profundidad con mayor solidez lo inauguró Martin Heidegger en *Ser y Tiempo* (1927), al retrotraer la cuestión desde el *qué* al *ser*. Ello equivalía a despreocuparse de lo que sea o no -si materia/espíritu, mortal/inmortal, etc- y bucear en como está siendo (lo que sea). Ahora bien, tal camino dista de haber sido andado hasta el cabo y ni siquiera cabe decir que haya un solo camino, sino más bien una dirección. En el presente discurso voy por senda que a menudo se entrecruza con la del filósofo germano, si bien ni siquiera he tratado de confrontar su libro a la hora de redactar, porque parece mejor que el discurso se mantenga cerrado sobre, sin menciones eruditas que obligarían o bien a simplificaciones audaces o bien a largas disquisiciones hermenéuticas. Como simple alusión, pues, para que algún lector siga la pista si le conviene han de considerarse las pocas referencias que a Heidegger aparezcan. (Las también posibles alusiones a otros filósofos se evitaron ya por principio).

Mi tesis de base es que a todas las definiciones del hombre cabe oponerles el reparo de aplicar al hombre el verbo “ser” unívocamente con las cosas. Si se le define como “animal racional” o dotado de *logos* se da por supuesto que eso lo es tal como la abeja es productora de miel y el rosal de rosas. Si se le define como

“fabricante de instrumentos”, constructor de herramientas, parece darse por supuesto que el hombre busca y hace instrumentos tal como la golondrina construye su nido o el mono de Köhler encajaba una caña en otra para atrapar un plátano distante, si le apetecía comérselo. Y si se le califica de “mono desnudo” se da por supuesto que es desnudo tal como el chimpancé o el gorila son monos velludos. Lo equivalente correspondería decir de otras definiciones que le presenten en la malla social como sujeto productor o ciudadano o lo que fuere.

Esa identidad de empleo del verbo “ser” se da por supuesto indiscutido y, sin embargo, si se lo somete a reflexión, se comprueba su no validez. A lo largo de las páginas que siguen habrá ocasión de comprobar que si al hombre se lo considera como un ente entre los entes y se lo coloca, a título de “especie humana”, en una casilla del casillero, ya lo que de él se diga corresponderá a la casilla, no a lo que en ella se aloja; corresponderá a su conducta, –a lo que hace–, no a lo que es. Conduciendo así la cuestión, se habrá dejado atrás lo característico del ser humano. Aquí como en otras ocasiones, los usos semánticos pueden constituir trampas. El lenguaje viene a ser un puente colgante; ineludible para pensar, pero consistente no más que en unos cables con el río abajo. Ocurriría, efectivamente, en este caso algo similar a como si alguien que busca amor –afecto recíproco y excluyente entre su yo y otro yo– da por supuesto que lo encontrará en la actividad sexual-gene-síaca; lo que encuentre, solamente por feliz casualidad satisfará lo que esperaba. Todo deriva de que en el lenguaje la misma palabra sirve para dos significados. Por eso a lo largo de este texto habrá que forzar tantas veces el lenguaje usual. No se trata de simples cuestiones bizantinas y nominalistas. Tras de lo que así puede parecer a primera vista, vienen consecuencias muy divergentes, tal como en un ángulo muy agudo los lados parecen inicialmente casi líneas próximas paralelas y acabarán, sin embargo, muy distantes entre sí si las líneas se prolongan mucho.

Ante estudios como el presente, no faltará quien comente, irónicamente, sobre la presuntuosidad de los filósofos aventurando como antes definiciones abstractas en un punto acerca del cual los psicólogos, sociólogos, antropólogos y médicos han acumulado un ingente cúmulo de saberes positivos. La acusación de soberbia irresponsable no deja de tener su base y, sin embargo, hay que atreverse: ¿quien, si no? Los científicos, dado que se centran en la conducta y sus productos, dejan atrás el punto justo para divisar lo que el hombre sea y, dentro de ello, incardinar su conducta. Reducir al hombre a su conducta solamente vale en el caso de dar por supuesto que es una cosa más entre las cosas, que simplemente ocupa un “puesto en el cosmos”. Los científicos trabajan bien, pero, cuando del hombre se trata, acaban dejándonos sobre la mesa algo así como un saco de correo. El estudio de la conducta humana deja pendiente la pregunta por el sentido.

En este punto comienza la tarea del filósofo. Después del científico y conociendo las conclusiones de éste, pero hacia atrás y abajo.

LO QUE NO CABE ESCAMOTEAR

Ninguna definición puede darle sentido al hombre a menos que no arranque del hecho obvio de ser el hombre el único que se pregunta *qué es* y a menos que le

dé sentido precisamente a esta singularidad. La respuesta que a una pregunta se dé no solamente ha de responder a lo preguntado, sino con una respuesta tal que tenga sentido haber preguntado eso. Si alguien se dirige al médico preguntándole por un remedio y él le respondiese que después de la muerte no hay enfermedades, hubiera dejado carente de sentido la pregunta.

Pues bien, cuantas definiciones dejen atrás esa radical diferencia respecto de cualquier otro ente dejen atrás al hombre. Eso, precisamente, es lo que ningún otro ente hace; luego en ello y en cuanto con ello venga implicado radicaré la diferencia. Las otras podrían ser de grado, de más o menos; ésta es de cualidad. Ahora bien, si los humanos nos preguntamos por lo que el hombre es –y esto lo hacen todos los humanos tácitamente, aunque muy pocos lo hayan elevado a tema– es porque entienden que su ser incluye una meta que *debe ser y de la que cabe alejarse*. En otro caso, carecería de sentido suficiente la pregunta misma, que únicamente hubieran hecho por tarea profesional algunos pocos individuos –filósofos, antropólogos–. En efecto, preguntarse qué es el hombre únicamente tiene suficiente sentido si los humanos entendemos que, por lo pronto, debe comportarse de un modo y no de otro, lo que a su vez implica una meta a la que aspirar. De no ser con tal sentido, la cuestión del hombre ya no pasaría de “tema académico”, “curiosidad científica”, igual que el *diplodocus* o el mono de Gibraltar. Ahora bien, ya quedó dicho que todo hombre, por muy implícitamente que ello ocurra, se pregunta alguna vez y de algún modo qué sea el hombre. Se preguntará, quizá, únicamente cómo deba ser *él*, pero la pregunta quedará abierta a lo que sea el sentido de lo humano porque implicará preguntarse por la vida y la muerte, el poder y el deber... Y nótese: esta no es una pregunta de curiosidad acerca de lo que hay y no hay, sino una pregunta acerca del *sentido*. (El sentido: esa extraña cosa que no consiste en ninguna cosa, sino en un enfoque de las cosas...).

Y porque se interroga, algo encuentra y viceversa. De ahí deriva el que toda definición –si se quiere: toda “idea”, toda “visión”– del hombre que no parta del hecho de que el hombre –todo hombre– sabe de sí mismo por dentro, independientemente de la observación de las conductas y productos, no es mínimamente empirista. En efecto, deja atrás el *factum* más empírico, aunque satisfaga bien unas determinadas exigencias de empirismo observacional (de lo externo). Al exigir por prejuicio voluntarista determinadas condiciones de método puede ocurrir muy bien –y esto es el caso– que ya el camino marche hacia un término que no era el punto al que se quería llegar. Viene a ser cosa parecida a si alguien determinara a priori que solamente considerará amor lo que sea sometible a verificación y medida por un “amorímetro”.

MAS ACA DE LA CONDUCTA SUS PRODUCTOS

Es en el caso del psicólogo conductista, precisamente por su extremosidad, donde mejor se detecta ese radical escamoteo, pero la acusación vale también, *mutatis mutandis*, del antropólogo meramente cultural o meramente social. Contra tal procedimiento hay que volver a repetir que cuantas definiciones se hagan del hombre por sus rasgos exteriores –desde la extrospección– hacen lo que el prestidigitador que comienza por escamotear de la mesa la moneda de oro que

luego nos presentará sacándola de nuestra nariz; pero la moneda que nos devuelve es falsa, no pasa ya de latón dorado. Por extrospección también los animales, al menos muchos de ellos, identifican en grado suficiente a la especie humana; prueba de ello es que toman ante sus individuos un comportamiento determinado: de huída, rara vez de ataque. Por eso toda definición por la conducta no rebasa más que en grado lo que de nosotros saben los animales. Tal tipo de definiciones ya no son del hombre, sino de la marca, como si yo guardo algo dentro de un envase hermético, prescindiendo del contenido y luego lo presento e intercambio por el envase. El actor de determinada conducta y el ser que así actúa pueden no ser lo mismo, a menos que voluntariamente decida de antemano que no se reconoce más ser que el actor. Las definiciones “conductuales” pueden valer de la especie humana –una entre otras–, pero no del hombre, porque a éste también lo conoce cada cual en si por introspección. Si el hombre no es eso que yo soy y comparto con otros yo –con usted o contigo–, lo que bajo tal nombre de defina ya no será el *definiendum*, sino, a lo más, algo que coincide con él, sin serlo. Tampoco yo soy –aunque coincida– con mi cuerpo visto en espejo, fotografía o filme, por mas que lo reconozca mio y nadie me niegue esa propiedad. (Hay quien no se reconoce en su cuerpo y dirá que aquel cuerpo que ve traiciona lo que él siente ser. ¿Habría estado Napoleón conforme con su fisonomía?).

El conductista parte de una resta camuflada: omite datos que conoce. Esa deshonestidad la confirma el que más tarde quiera explicar lo que primero ha comenzado por omitir. ¿Con qué derecho habla después de placer/displacer, saber/ignorancia, amor/hostilidad, etc? Tales cosas o las conocemos por introspección o las ignoraremos siempre. Más contradictorio resulta todavía la inconsecuencia si, encima, se transfieren tales vivencias a los animales. ¿Como sabía Paulov que su perro “sentía” hambre? Evidentemente porque el observador transfería al observado su íntima vivencia. ¿O es que algún etólogo ha recibido las confidencias de algún animal o ha encontrado su “Diario íntimo”?

El hombre es eso que coincidimos en ser quienes somos sujetos autoconscientes, o sea quien se sabe yo. A una cosa entre las cosas nunca se le hubiera ocurrido preguntar-se por si y autodefinir-SE. Es porque todo individuo humano lleva conciencia de si por lo que, después, a algunos de ellos –antropólogos, psicólogos, filósofos– se les ha ocurrido preguntarse temáticamente por lo común y coincidente a todos los humanos. Nunca un robot, por muy hominiforme que se lo construya, tendrá necesidad y se le ocurrirá hacerse cuestión de si mismo. (Si lo hiciese, lo que procedería sería inscribirle de inmediato en el Registro Civil). Solamente a quien antes sepa de si y a nivel íntimo esté llevando cuenta de su yo, se le ocurrirá después hacer antropo-logía, hacer *logos* de humanía o humanidad. Individualmente alguien puede dedicarse a la antropología por motivaciones varias –afición, profesión–, pero eso no importa más de lo que importa el cauce por donde baja un regato con respecto a la existencia de una cuenca hidrográfica.

Con lo dicho, no se pretende propugnar una Psicología introspectiva a fin de obtener resultados concretos y depurados de esa conciencia de si mismo como yo que cada cual lleva consigo. Acerca de la introspección como método corresponde decidir a los psicólogos si sirve y para qué. Otra cosa es que porque no sirva o no lleve muy lejos, negar el hecho de que el individuo humano sabe de si; de que el

ojo no substituya al telescopio no permite omitir que por el telescopio mira unicamente quien dispone de ojos y de mirada. Sabiendo de si mismo, uno ya sabe un poco del ser humano y en este consaber —*cum scientia*— es donde encontrará sentido lo demás que llegue a ser sabido, tal como encuentran sentido los lugares dentro del espacio. Conviene insistir en esto porque los científicos del hombre, por compromiso con el método son dados a mirar olvidándose de los ojos y a referirse a los lugares olvidándose del espacio.

La cuestión de qué es el hombre no versa acerca de los comportamientos y productos de la acción humana —productos de actividad, psíquicos, económicos, culturales— ni siquiera acerca del puesto del hombre en el cosmos, sino acerca del hombre en cuanto ser y no tampoco *entre* los entres, sino en si mismo, hacia dentro. La pregunta ha de ser conducida de tal modo que hasta los fracasos que haya —el error, lo meramente subjetivo, el delito y el pecado, la degeneración misma— adquieren sentido como *de uno*; negativos respecto de la meta correspondiente, pero fallos de *un sujeto* al que, por lo visto, le corresponde y pertenece el fallar a veces.

MAS ACA DE LA CIENCIA

De ahí que, si se ha de pensar con rigor, convenga huir a cualquier costa de las fórmulas de los científicos del hombre, útiles e inevitables para el propósito del científico, pero nefastas para el presente *logos*. Urge evitar el intercambiar recipientes y rótulos; es preciso mantener desnudo el contenido o tan poco embalado como lo embala el lenguaje cotidiano que, en todo caso, usa de una gran riqueza de fórmulas sin comprometer al pensante con ninguna determinada. Huir la *nomenclatura* del científico y agujerear inclusive la caparazón de los conceptos filosóficos acuñados a fin de descubrir la pulpa es obligación ineludible de un discurso como éste, si ha de mantenerse en el propósito de abrir la atención precisamente al sentido que “dé sentido” a lo que los científicos hacen. Tal vez hasta sea conveniente mantener la inadecuación del lenguaje; así, al tener que discutirlo, hay ocasión de mantener viva la cuestión sin substituir unas fórmulas por otras, aún si fuesen más perfectas. El cuestionar y desmentir el lenguaje también da ocasión a redescubrir el frescor del pensar. Lo que a toda costa conviene es no substituir al hombre por un *nomen* de *nomenclatura*, envase cuyo contenido ignoramos.

Los científicos hacen, pues, bien en proseguir su propio camino que son la observación y experimento, y bien venidos sean cuantos conocimientos alleguen acerca de como el hombre se comporta así como acerca de sus productos, pero en este punto conviene distinguir entre rumbo y faro. Conocer como el hombre se comporta y qué resultados deja equivale al faro que ilumina. Ahora bien, señalar el rumbo a seguir es cuestión del timonel, el cual a su vez obececerá al sentido del viaje ordenado por el patrón o armador. Antes de redactar estas páginas se han estudiado no pocos libros de ciencias humanas, pero ni siquiera serán aludidos a fin de no dejar comprometido el discurso con doctrinas que, como científico-positivas que son, han de quedar sometidas a perpetua revisión. La ciencia es cuestión y resultado de las sucesivas generaciones, pero cada individuo que viene y desaparece necesita dar sentido a su vida personal y no puede aguardar, para ello, a unos

“progresos” que él nunca verá y que, además, siempre serán substituídos por nuevos “progresos”. Tanto valdría que cada hombre trabaje para sus hijos y éstos para los suyos sin que, al cabo de la cadena, nadie haya sido sino eslabón y, por lo tanto, no sepamos siquiera si tuvo sentido la cadena. Tampoco porque muchos individuos caídos de un avión se agarren fuertemente entre sí dejarán de estrellarse todos al llegar al suelo.

Por el camino de estudiar la conducta humana y sus productos no se llegará nunca al hombre, a menos que por tal se entendiese unicamente el actor. Por esa vía se lo habrá dejado atrás. Se habrá dejado atrás su modo radicalmente peculiar y exclusivo de ser: un ser que se pregunta por su ser, porque necesita darle sentido. Y que, si lo necesita, se deberá a que de suyo está en oscilación.

“¿COMO TE ENCUENTRAS”?

Analizando un hecho tan trivial como el saludo, se comprueba que todos contamos con que el otro, igual que uno, constantemente se está indagando y “encontrando-SE” bien o mal. A la vez, el hecho mismo de contactar un individuo con otro es descrito como “encontrarse”, o sea que, con los demás, me encuentro “encontrándome”.

Dos animales que se encuentran –cuyos cuerpos se aproximan a un mismo lugar– repiten pautas conocidas: perseguirse en unos casos, indagar el sexo si son de la misma especie y de distinto sexo. No hay ni el menor indicio de que se pregunten recíprocamente por su estado anímico. Todavía los niños pequeños, cuando se encuentran y tras un enigmático momento de zozobra, se limitan a ponerse a jugar, quizás sin ni tan siquiera haberse preguntado recíprocamente como se llaman. También en la vida social, cuando nos encontramos dentro de roles fijos nos limitamos a desempeñarlos sin más: tal el cliente se acerca a una ventanilla o mostrador y el funcionario le sirve la mercancía o le expende el billete. Entonces el saludo, si lo hay, no pasa de una fórmula ritual para entrar en una conexión de roles sociales.

Cuando el mundo estaba muy poco poblado de hombres y éstos con escasas relaciones fuera de su grupo inmediato, el encuentro de dos individuos desconocidos en el bosque o el desierto debía suscitar, por lo pronto, un primer momento de sorpresa y zozobra, aún si el semblante y los ademanes del otro no denotaban enemistad. Por ello, la indagación recíproca tenía que penetrar más de lo que en el encuentro meramente social. Había, pues, que tranquilizarse recíprocamente mediante ritos y fórmulas. Estas fórmulas que aún se conservan son, como todo fórmula, palabras congeladas –“consagradas”, porque sacralizar algo es uno de los procedimientos más enérgicos para fijar algo–, pero traducen vivencias muy arcaicas en la historia y también en la psique. Que, desde entonces, en el lenguaje se haya recogido esta vivencia como “encontrarse” o fórmula parecida prueba que ese saber elemental de si –o conciencia que todos conllevamos– cuenta con que también el desconocido coincidirá con uno en estar en permanente situación de indagar respecto de la tarea de “llevar (el timón de) la vida”. Por eso, en cuanto el saludo deja de nuevo de ser un mero rol social –por ejemplo, si el cliente se cae y parece haberse hecho daño– el empleado o el circunstante que estaba ajeno le

preguntará también algo sobre como “se encuentra”, o sea algo relativo a su estado anímico de placer o displacer. Si la conversación se profundizase, la pregunta iría del mero preguntarse por si se encuentra bien o mal —en placer o displacer— hasta interesarse por como se encuentra más al fondo de la persona: si le preocupa algún problema, si tiene alguna enfermedad, etc.

Así, pues, cuando un individuo humano se “encuentra” con otro lo primero es preguntarle como “se encuentra” él (a si mismo). La pregunta tiene aún mayor sentido si el otro sabe que él está enfermo o preocupado, pero el que en todos los idiomas ésa o una pregunta equivalente constituya la fórmula congelada de saludo, indica que cada cual está sabedor de que cada sujeto se está permanentemente encontrándose a si mismo (bien o mal, a gusto o disgusto, esperanzado o no cara al futuro, desilusionado o satisfecho del pretérito y el presente). La salud parece lo que más preocupa a uno y más se supone preocupa al otro; de ahí que saludo derive de la misma raíz que “salud”. Los romanos se despedían con un *Vale*, es decir, “¡que tengas salud!”, que llegues a “valetudinario”. En algunos momentos, los revolucionarios de turno, al querer suprimir cualquier alusión a Dios, reencontraron la fórmula: “¡Salud, camarada!”. En otros casos, en el saludo se alude a la paz (“Pax vobis”, “la paz sea con vosotros es el saludo castizo cristiano, paralelo al *Shalom* de los hebreos) y en muchos idiomas, la fórmula menciona a Dios, en cuanto protector y “saludador” (salud-dador, podríamos decir, violentando algo la gramática). Ahora bien, la fórmula va hacia una estructura más amplia como eso de preguntar como “se encuentra” y también “cómo le va” al iniciar el saludo y “¡que te vaya bien!” al despedirse. ¿Qué es eso que un individuo desea al otro que le vaya bien? Evidentemente el hecho mismo de vivir en cuanto consiste en “llevar la vida”.

Por algo Heidegger en *Ser y Tiempo* encontraba la “diferencia óptica” del ser humano en que a éste y sólo a este “le va” su existir, su ser.

Ahora bien, si “le va” mal o bien —en placer y displacer de superficie, pero también a nivel más profundo— es que cada individuo sabe que él —como todo hombre— lleva consigo una meta, es decir, que su ser va hacia una meta. Donde se la sitúe importa menos: incluso si, como dice lúdicamente el dicho popular, consistiese en “salud, dinero y amor”. Otros dichos populares denotarán que, ni con eso, basta para ser feliz o le reprocharán no serlo a pesar de tener la suerte de disponer de esas tres cosas. En definitiva, pronto en cuanto se habla de estos temas se mencionará “la (buena o mala) suerte”.

Y ahora comprendemos por qué el hombre es también el único ente que se pregunta *qué es*. Mucho antes que algunos individuos se hagan tal pregunta por el ser de *el* hombre, cada uno se la está haciendo cada día, tácitamente, acerca de si, acerca de su personal ser. Los científicos y filósofos vienen mucho más tarde como una función social del grupo que delega en algunos la tarea de contestar en general para el común la pregunta. Antes le habrán dado respuesta los sacerdotes, los “sabios” y otros individuos menos especializados, menos funcionarios del saber. Estas mismas reflexiones —igual que las de cualquier filósofo— responden, aunque sin correspondencia, a ese radical llevar cuenta y preguntarse por si que se hace cada individuo espontáneamente. Sacerdotes, “sabios”, filósofos, científicos del

hombre obedecemos a esa soterraña cuestión que cada cual se hace y no por curiosidad lujosa, sino por elemental necesidad de darle sentido a su personal vivir.

SER HACIA

Ahora bien, si cada cual cuenta con que es hacia una meta en riesgo de alcanzarse o malograrse, hay que extraer la conclusión lógica: del hombre no vale definición alguna que en ella no incluya la meta. No quiero decir que tenga que señalarle al hombre una meta, como al funcionario su función. Quiero decir que, así como sin una función carece de sentido el funcionario, el ser, dicho del hombre, carece de sentido a menos que lo que sea incluya una meta que alcanzar. (Una meta: algo, pues, que alcanzar precisamente porque no se tiene, aunque hay que ir hacia ella). Lo que implica que ese su modo peculiar de ser es ser-hacia.

Y esto vuelve a reforzar el fallo ya antes apuntado acerca de las definiciones del hombre: que le aplican el verbo “ser” igual que si fuese una cosa entre las cosas. Eso vale, no ya de las definiciones del conductista y del materalista, sino también de esas definiciones tácitas que funcionan como soportes del lenguaje usual, ésas con las que “se” habla del hombre y que no pasan de marcas en el intercambio social en que consiste el lenguaje. Tal cuando al hombre se le considera productor o ciudadano, un punto, pues, en la malla de relaciones sociales y económicas. Lo propio vale de las definiciones *heterodoxas* elaboradas por escandalizar y desmitificar –definiciones, por lo tanto parásitas de otras anteriores con cuya vigencia se cuenta–. Si, por ejemplo, se define al hombre como “el mono desnudo” se da por supuesto que es desnudo tal como el chimpancé o el gorila son monos velludos. Otro haz de definiciones convergen en definirlo algo así como “fabricante de instrumentos”, incluso de herramientas capaces de fabricar otras (robots). No se señala cual sea la meta, pero en la medida en que parece presuponerse que ello implica progreso, quedaría sub-entendido que al hombre la caracteriza ser en progreso y deber progresar. Ni siquiera en eso otro haz de definiciones que le presentan como “animal racional” o “animal dotado de logos” queda explícita la meta, aunque en este caso viene ya mucho más exigida, porque la razón, el logos, son capacidades que se suponen obligadas ónticamente.

En definitiva, se confirma lo que se enunció al comienzo: que a todas las definiciones del hombre las aqueja el aplicarle el verbo “ser” unívocamente como a las cosas. De lo que se sigue que lo contrario se impone: buscar alguna definición por la que en lo que se diga que “es” vaya coexigido el “ir hacia” una meta. De ahí se deriva y halla sentido el que, al saludarse los humanos, se pregunten cómo *se encuentran* y, a la vez, que los hombres se pregunten por qué es el hombre, cuando menos ése que él –cada uno– es.

Bien están a su nivel las definiciones de los científicos si es que están bien a su nivel. Únicamente que cogen un automóvil en marcha y aquí no se trata de si se va en automóvil o a caballo o a pie; se trata de si se va hacia algún punto, aunque no se sepa siquiera adonde. Dejando la metáfora: no se trata de lo que los individuos de la especie humana hacen, sino de hacia donde el hombre va y, por ello, lleva tal dirección –tal *conducta*– y “hace” o deja de hacer esto o aquello.

DEL POSSEST AL DEBE-SER

De Dios decía Nicolás de Cusa que era de un modo tan único que únicamente se le podía aplicar el verbo “ser” con el injerto del verbo “poder”. Acerca de él no cabe decir que “es”, sino que *possest*, palabra compuesta de *posse* y *esse*, poder y ser. *Possest* –forma verbal que traducida literalmente sería *pued-es*– significa ser ya cuanto puede ser, tener realizada toda posibilidad pensable. Se admita o no su existencia, eso es lo que habrá que entender bajo la palabra “Dios”. También para el hombre sería necesario inventar un afijo que añadir al verbo “ser”. Sea la definición usual: “el hombre es animal racional”. ¡Eso quisiéramos! Se habrían evitado guerras, torturas, estupideces, supersticiones. ¿Es racional que, al borde todos del sepulcro, nos estemos peleando hasta el último minuto? Con algo menos de optimismo, la frase se la substituye a veces por la de “dotado de logos”, “dotado de razón”. Aún con tal atenuante, habría que alegar infinitos casos en que esa “dote” parece perdida o en desuso. Si, efectivamente, esá dotado de razón, no lo está como de piernas: éstas las usan todos los humanos a menos que por accidente o defecto de nacimiento se hallen cojos; no pueden no usarlas, mientras que la razón la usamos razonablemente todo lo más la mitad de las veces, calculando por lo alto. Si por racional se entiende que “es” racional aunque alguna vez razone mal, igual que anda y a veces tropieza, la experiencia no confirma tanto optimismo. Bueno es si discurre y está en el campo o ámbito de la razón, es decir, si tiene capacidad para elevar cualquier hecho a nivel de generalidad y si debe razonar, de modo que en caso de no hacerlo o hacerlo mal haya derecho a censurarlo. De modo similar habrá que corregir la definición de “fabricante de instrumentos” o cualquiera otra paralela o variante. Esto, con respecto a las definiciones que incluyen también una meta (= ser algo que abre un infinito campo de aspiración), porque si se trata de definiciones que dicen lo que *ya* es y no encuentran en ese “es” meta alguna a ser, ya ni siquiera hablan del hombre.

Lo que de verdad singulariza al ser humano es que *debe y, sin embargo, puede no* ser aquello que es, porque este “es” conlleva un término de aspiración. Por usar una expresión consagrada por Heidegger, al hombre “le va” su ser, tiene que llevar cuenta de si y darse razón de lo que hace y no hace, de modo que sienta una “vocación” y se duela de sus “caídas” y se angustia en permanente “cuidado”: ha de elegir y, en muchas de esas elecciones, al quedarse con una opción trucida otros proyectos que podría ser y tampoco sabe nunca si acierta, porque, al no poder prever el futuro, nunca sabe si acierta. Y, como horizonte, la muerte, “la posibilidad incierta de, ciertamente, toda imposibilidad ulterior”. Estas y otras cosas las intuyeron sagazmente los filósofos de la existencia; otras, menos dramáticas, incluso divertidas –las de la vida lúdica– las describieron menos, aunque a la postre no invalidan nada de lo que por esa cara se divisa.

Así pues, el hombre es ese extraño ente al que le compete ineludiblemente deber-ser una meta que puede no alcanzar; una meta, que, además, tampoco es una determinada, sino un hueco que no siempre se sabe como rellenar y, que sin embargo, abre siempre un “todavía”.

“DEBER” Y “TENER QUE”

En desenliar la sinonimia con que, a veces, funcionan estas dos expresiones reside el quid para proseguir la marcha del discurso. Bajo tal sinonimia se alojan tanto la obligación como la necesidad y es de la mayor relevancia distinguir ambos matices.

Decir de una cosa “tiene que” equivale a que siempre es así y carece de sentido no pensarla siendo así. Los ángulos de un triángulo valen dos rectos, pero no “tienen” ellos que valer; soy yo el que *tengo que* pensarlo así; ellos son así, nada más. Con el animal cambia algo el asunto. También el pájaro es volátil y no cabe menos de pensárselo volátil. Sin embargo, él no está obligado a volar y ni siquiera vuela siempre. Es necesariamente volátil, pero no siempre está volando, en tanto que los ángulos del triángulo siempre están valiendo dos rectos. Respecto del hombre hay asuntos con la necesidad del valor de los ángulos –su cuerpo pesa–. Ahora bien, eso vale de algo suyo –el cuerpo–, no de él mismo, con lo que vamos advirtiendo diferencia –una diferencia difícil de recoger por el lenguaje– entre el *mismo* y lo suyo que está entre lo de él mismo y sus propiedades y pertenencias, como un traje y una casa. Mi casa y mi traje los tengo; el cuerpo lo tengo y lo soy; mi yo y mis actos íntimos los soy y no los tengo a no ser como lo que he sido ya. Si pierdo un brazo diré que lo he tenido, no que lo he sido, y, en cambio, mis actividades con ese brazo sí las he sido (por ejemplo, si hubiese sido lanzador de jabalina o pianista). Por otro lado, al hombre le van anejas también algunos actos que en abstracto, podría evitar, pero difícil o aún imposible le será evitarlas en casos: supongamos toser si el picor le acosa o huir si le vence el miedo. Los medievales habían encontrado para este tipo de actos una expresión poco feliz: le llamaban a éstos “actos del hombre”, a diferencia de los “actos humanos”, o sea los realizados de modo voluntario y consciente (y, si conscientes, con alguna advertencia a su calificación moral). No era expresión feliz, porque un adjetivo calificativo y un genitivo son gramaticalmente intersustituíbles (“Sulfúrico” equivale a “de azufre” y ¿por qué “humano” no habría de equivaler en este caso a “del hombre”?). Lo mejor sería no considerarlos tampoco del “hombre”: lo serán de su automatismo (de su cuerpo, de sus hábitos, incluso de su temperamento). Hasta aquí el “tiene que” de la *necesidad*, ya sea absoluta –como las funciones somáticas–, ya sea condicionada (el “tener necesidad para”, condicionada a no renunciar a un propósito. El propósito más elemental es sobrevivir y de ahí que al vivir se refiera la expresión cuando, sin más, decimos de alguien que “pasa necesidad”).

Si respecto de este capítulo se usa el “deber” se le adjunta en castellano el “de”, formando la perífrasis “debe de”, que indica conjetura y probabilidad: “debe de estar de viaje”.

En otro capítulo entra el “tiene que”, sinónimo de “deber” y significando obligación: también aquí el vocabulario carga con múltiples matices y conviene desenliarlos. Al hablar de deberes fácilmente entendemos las obligaciones morales, correlativas a unos preceptos o imperativos a la ulterior sanción –de mérito o de culpa– según los cumpla o no. Hay, sin embargo, un deber anterior a cualquier imperativo y que precisamente da sentido al modo como al hombre se le impera, que es mandarle algo requiriéndole a que él lo asuma. Lo que caracteriza

y singulariza al hombre es, justamente que su ser es una meta de aspiración y, como consecuencia, una historia de lo que ha sido en función de lo que debía ser y, acaso, no ha sido. Antes de que el hombre deba hacer esto o aquello y adoptar tal o cual actitud moral, ya el hombre debe-ser, porque tiene que elegir continuamente entre varias posibilidades, una de las cuales es, precisamente, elegir no elegir (abstención) y otra, todavía, más paradójica, hacer imposible la elección (suicidio). Antes y más abajo que los deberes morales está el deber óntico, del que no se exime ni el más libertino.

Claro que también es pensable un individuo que acatase todos los imperativos ajenos, por abúlico y obediente automáticamente. Únicamente que, al momento, lo calificaríamos de “subnormal” si lo es congénito y de “piltrafa de hombre” y “hombre roto” si ha llegado a ello como consecuencia de enfermedad, droga o tortura. Y no sin razón, aunque dura razón: ese tal ya sería un deficiente de hombría, un menos-hombre. El deficiente es hombre en cuanto le consideremos hombre deficiente, esperanza frustrada o recuerdo penoso de hombre. No todos tendrán el coraje de aceptar conclusiones tan poco piadosas, pero la lógica lo exige, aunque para no extraer de ello más consecuencias que a nivel lógico.

Si digo del hombre que no vuela, de ese *no* nada tengo derecho a inferir; ya sabemos que no es Dédalo ni Icaro. Pero si de algún individuo dijese que no (nunca) elige, ya le estaría negando “naturaleza” o, según a veces se prefiere decir, “condición humana”. El animal elige —hace alguna opción excluyentemente— entre alternativas necesarias: acomete o huye, pero una de dos necesariamente. El humano también a veces elige así: supongamos cuando se encuentra en una situación de extrema necesidad o emergencia. De ordinario, sin embargo, elige entre alternativas no necesarias, lo que lleva aparejado que, la iba a ser, no simplemente a elegir (El animal depredador, no por depredar, llega a ser algo más; el hombre que roba se hace ladrón). Lo que no le cabe es no elegir, porque aún para no elegir tendrá que elegir (no elegir). El elegir la abstención constituye, precisamente, un caso crucial que le despega indefinidamente de su inmediato pariente, el animal. En este caso extremo es donde descubre, precisamente, su sentido el deber óntico, anterior y base de la obligación moral.

Hemos llegado a una paradoja y, por eso, resulta difícil expresarla: dada su estructura, el lenguaje no está preparado para que se digan paradojas. Al hombre le corresponde un *es* que incluye ineludiblemente algún término de aspiración; no está terminado nunca, siempre es *siendo-hacia*. Toda definición que le presente como solamente *siendo-ya*, le malentiende. Le ha reducido a un ente entre los entes, por muy alto que sea el puesto que le asigne. Desde ahí, la ciencia podrá descubrirle muy certeramente su conducta, su rol, su casilla en el casillero. Lo que no conseguirá es asignarle un sentido, a no ser un sentido que no pase de tautología de lo que hace.

Estas sentencias no valen únicamente aplicadas a individuos de élite, personas cuidadosas de su personalidad, que se programan, hacen examen y balance de su vida. La primera condición de validez de una definición del hombre es que valga también para una prostituta, un drogadicto y cualquiera de esos que calificamos de “degradados”. Si de alguno ya no valiese eso del debe-ser originario es que estaría en la condición de deficiente, antes descrita. Lo que ocurre

con el degradado y el deficiente es que el debe-ser está en modo defectuoso. Con respecto a este debe-ser óntico, el ser o no ser no menciona dos posibilidades iguales, como ser alto de 1,80 cm. o no serlo. Referido a este debe-ser originario, el no equivale a carencia de algo debido, tal como el cero no es un número más, sino la falta de cualquier número cuando se esperaba alguno (No se escribe cero, a menos que exista la casilla vacía.). Ese hombre que, hipotéticamente, no elija –incluyendo la elección de abstenerse– habrá perdido la categoría de hombre. *A fortiori* a este ineludible debe-ser no consigue huirle ni el más libertino, que sería de todo deber. Lo que en su caso ocurrirá es que se ha señalado como debe el ser un buen inmoral en lugar de ser un inmoral defectuoso, porque un inmoral también tiene el deber de ser un buen inmoral. A menos de negarle sentido a lo que el hombre hace (o, por decisión suya, no hace, o sea, hace-no) es ineludible, con necesidad lógica, reconocer que siempre está debiendo ser (algo). “Debe ser”, he escrito y ahí está la raíz de este deber: en el sentido. A nadie le podemos entender a no ser en función de un programa de conducta. Hay programas de sentido que dependen de su elección, tal como llegar a ser médico o a ser rico. A algunos individuos los encontramos defectuosos –caso del indolente, del abúlico– pero será en función de algo que esperábamos y/o creíamos que era.

Este estado de deber –estado no de deudor para con un acreedor, sino de obligado hacia sí propio– es anterior y condición óntica de las obligaciones –morales, religiosas, jurídicas, etc.– que otros le impongan o él mismo se autoimponga. Estas obligaciones deónticas únicamente tienen sentido porque antes el hombre es y no puede menos de ser, obligable. Salvo que tenga necesidad de alimentarse, defenderse y realizar las tareas de procreación o de asegurar su rango social, el animal se duerme. Cada humano, en cambio, inclusive el más indolente, lleva consigo algún autoprograma que, en caso de no vivenciarlo en actitud diligente, lo vivenciará como autodesprecio, remordimiento, insatisfacción.

A eso venía el “encontrarse” de que se habló anteriormente y también el preguntarse por sí, tirando del cual puede llegar a haber una antropo-logía.

SUMA Y NO SIGUE

Desde aquí se avizora una revisión de los conceptos de libertad, moralidad, calidad de vida y otros. Después de tal revisión, por moralidad y no podrá entenderse el resultado de unos preceptos heterónomos: el hombre debe ser hacer esto o aquello porque debe-ser y el contenido de los “deberes” traducirá esa condición *debtora* para con su ser. La moral llega tarde, si por tal se entiende “deberes” que se le impongan; el código de deberes deberá extraerse de la condición óntica del ser humano. De modo paralelo, la libertad será el elegir liberado de presiones exteriores (coacciones) y de las presiones interiores (pasiones), de modo que haga voluntariamente lo que debe hacer, tal como ante un problema debemos encontrar la única solución correcta. Esta es una sola, mientras los fallos pueden ser muchos; no es, pues, cuestión de “mayoría democrática”. En cuanto a la libertad político-social es lo que, simplemente, nos permiten los demás hacer o no hacer. Lo que importa es lo que con esa permisividad hacemos cada cual: si la aprovechamos para hacer lo que debemos o, por el contrario, para contra-decir y

y contrahacer el deber que sale de nosotros mismos. Por último, tal como –y con más razón que– hablamos de “calidad de vida”, refiriéndonos a mayor confort e higiene, sería lógico hablar de “calidad personal” del hombre, entendiendo por tal el que ese sujeto obre correctamente de acuerdo con su imperativo óptico, quiero decir, con su deber óptico de ser mejor lo que, de todos modos –bien o mal– será.

Pero, acerca de todo esto, en otra ocasión.